



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Los santos transparentan a Jesús

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 5, 1-12 (Todos los Santos – Ciclo B)



Hace varios años llegó a mis manos la historia que os transcribo y que quiero proponeros como reflexión para esta fiesta de Todos los Santos. La historia dice así:

“Un grupo de vendedores fue a una convención de ventas. Todos le habían prometido a sus esposas que llegarían a tiempo para cenar el viernes por la noche. Sin embargo, la convención terminó un poco tarde, y llegaron retrasados al aeropuerto. Entraron todos con

sus boletos y portafolios, corriendo por los pasillos. De repente, y sin quererlo, uno de los vendedores tropezó con una mesa que tenía una canasta de manzanas. Las manzanas salieron volando por todas partes.

Sin detenerse, ni voltear para atrás, los vendedores siguieron corriendo, y apenas alcanzaron a subirse al avión. Todos menos uno. Este se detuvo, respiró hondo, y experimentó un sentimiento de compasión por la dueña del puesto de manzanas.

Regresó a la terminal y se encontró con todas las manzanas tiradas por el suelo. Su sorpresa fue enorme, al darse cuenta de que la dueña del puesto era una niña ciega. La encontró llorando, con enormes lágrimas corriendo por sus mejillas. Tanteaba el piso, tratando, en vano, de recoger las manzanas, mientras la multitud pasaba, vertiginosa, sin detenerse; sin importarle su desdicha.

El hombre se arrodilló con ella, juntó las manzanas, las metió a la canasta y le ayudó a montar el puesto nuevamente. Mientras lo hacía, se dio cuenta que muchas se habían golpeado y estaban magulladas. Las tomó y las puso en otra canasta. Cuando terminó, sacó su cartera y le dijo a la niña: ‘Toma, por favor, estos veinte euros por el daño que hicimos. ¿Estás bien?’ Ella, llorando, asintió con la cabeza. El continuó, diciéndole, ‘Espero no haber arruinado tu día’.

Conforme el vendedor empezó a alejarse, la niña le gritó: ‘Señor...’ Él se detuvo y volteó a mirar esos ojos ciegos. Ella continuó: ‘¿Es usted Jesús...?’ Él se paró en seco y dio varias vueltas, antes de dirigirse a abordar otro vuelo, con esa pregunta quemándole y vibrando en su alma: ‘¿Es usted Jesús?’... Y a ti, ¿la gente te confunde con Jesús?”

En la Iglesia tenemos centenares de santos. Muchos de ellos han sido reconocidos “oficialmente” y están puestos en los altares para que la comunidad, viendo su ejemplo, se disponga interiormente a un seguimiento más radical de Jesús. No obstante la cantidad de santos que tenemos, son muchos más, creo yo, los santos anónimos que, aunque no estén en los altares, nos han mostrado y nos muestran cómo se puede ser feliz siguiendo a Jesús y asumiendo su causa de liberación y salvación hasta las últimas consecuencias.

Cómo no recordar el trabajo abnegado y silencioso de cientos de madres que día a día se santifican sembrando amor y formando hombres y mujeres capaces de darse a los demás. Cómo no recordar la entrega generosa, día a día, de millares de educadores que, más allá de comunicar conocimientos, transmiten valores y forman hombres y mujeres de bien. Cómo no recordar a tantas personas de Iglesia: catequistas, párrocos, religiosas, obispos, voluntarios de las obras sociales, etc. que sin buscar honores y grandezas, reconocimientos o títulos, están dejándose la vida en favor de la construcción de un nuevo modelo de sociedad en el que todas y todos quepamos y que se parezca más al soñado por Jesús.

¿Cuál es el elemento común en los santos reconocidos y en los anónimos? que unos y otros, con su vida, nos muestran a Jesús y, como la vendedora de manzanas de la historia, nos hacen detenerlos para preguntarles: ¿Es usted Jesús?

Para ser santo no creo que se necesiten complicados protocolos para “demostrar” que por su intercesión se han obrado milagros extraordinarios. Para ser reconocido como santo, en mi humilde opinión, lo fundamental es que esa persona **transparente la divinidad**, que esté tan llena de Jesús que cuando la vemos reconocemos los rasgos de Jesús y la encarnación de los valores del evangelio.

No hay cursos para ser santos pero si hay un programa que nos puede poner en camino para hacer de nuestra vida un testimonio del acontecer de Dios en nosotros: vivir **el espíritu de las bienaventuranzas**. El Padre Gustavo Baena, un jesuita colombiano que transparenta la divinidad, nos decía cuando éramos jóvenes que las bienaventuranzas contienen los valores que “construyen seres humanos a la manera de Jesús”.

Para las personas que transparentan la divinidad...

Es un valor ser pobre, es un valor trabajar por la paz, es un valor luchar por la justicia, es un valor sentir dolor por los que sufren, es un valor ser misericordioso, es un valor ser honesto y limpio...

Vistas así las cosas, a ti, ¿la gente te confunde con Jesús?